



JAVIER PÉREZ CAMPOS

LOS ECOS DE LA TRAGEDIA

La increíble aventura de un periodista
en busca de la verdad.

¿Hay vida después de la muerte?

Hay historias que parecen destinadas a permanecer en el olvido, pero finalmente encuentran un camino para llegar al público, siempre interesado en descubrir la verdad. Ésta es una de ellas. Durante meses, el periodista Javier Pérez Campos se ha sumergido de lleno en la investigación de hechos que parecían prohibidos. Ha acudido allí donde un día la fatalidad cobró forma, generando un escenario de dolor y sufrimiento. Lugares donde numerosos testigos, que nada tienen que ver con lo que ocurrió, aseguran haber oído los ecos del pasado muchos años después. Desde Los Alfaques hasta tierras de Zamora, en un viaje de más de veinte mil kilómetros, el autor ha entrevistado a decenas de personas y ha encontrado documentos oficiales de las fuerzas de seguridad del Estado sobre fenómenos inexplicables: coches sin luces, extrañas figuras en la carretera, mensajes del más allá, siniestros personajes portadores de serias advertencias, pistas anónimas... Una aventura vertiginosa y auténtica que arroja luz sobre algunos de los episodios más oscuros de nuestra historia.

A todas las víctimas de la gran tragedia española
de 1978
Y a quienes, aún hoy, aseguran haber escuchado
sus ecos...

Nota preliminar

333 caracteres

Esta investigación se inicia con un correo electrónico. Apenas unas líneas, negro sobre el blanco artificial de la pantalla de un ordenador.

333 caracteres dieron comienzo a una historia que parecía destinada a ser contada, y que derivó en:

- Más de 20 000 kilómetros recorridos
- 42 horas de grabaciones de audio y vídeo
- 293 recortes de prensa
- 36 testimonios
- 342 fotografías
- Tres diligencias oficiales de la Guardia Civil

Las palabras transcritas a continuación son el inicio de todo:

De: Daniel J. C. danXXX@hotmail.com

Fecha: 23 de julio de 2012. 02.31.23 GMT+02.00

Para: javier.perez.mp@gmail.com

Asunto: Experiencia

Buenas noches. Me llamo Daniel XXX, soy guardia civil, y hace unos años fui testigo junto a una compañera de algo muy extraño en el antiguo camping Alfacs, en Sant Carles de la Ràpita, donde estuve destinado.

Si les interesa conocer lo sucedido, no tengo problema en contárselo. Mi número de teléfono es 675XXXX-XX, y no creo que hubiera problemas en aportar las pruebas sobre lo sucedido.

Un saludo.

D.

1

19AGO03

Los faros del Seat Córdoba rompieron la oscuridad al tomar la curva que enfila la N-340 desde la carretera de la estación de Peñíscola.

Allí apareció, como una eterna alfombra de asfalto, la solitaria carretera que se extendía bordeando las localidades de Benicarló, Vinaroz y otras pequeñas aldeas hasta cruzar la barrera invisible que separa la Comunidad Valenciana de Cataluña.

El reloj del coche, único elemento que iluminaba tenuemente el interior del vehículo con su particular tono anaranjado, marcaba cerca de la una de la madrugada. Javier Martín Moraleda, natural de Zaragoza, iniciaba la ruta de regreso hasta el pueblo de San Carlos de la Rápita. Allí se alojaba durante aquellos días de verano junto con su mujer y su hija de tres años, que viajaban en aquel momento dormidas en el asiento trasero. En la pantalla del reloj, varias líneas cortas conformaban cuatro cifras y una escueta abreviatura: 19AGO03.

Regresaban de pasar el día en Peñíscola, donde habían aprovechado para cenar algo antes de emprender el viaje de vuelta al apartamento que habían alquilado para sus vacaciones.

En la noche cerrada y sin luna, el haz de luz de los faros del coche era lo único que permitía observar la carretera. En ese momento, aunque fuera había empezado a refrescar, en el interior parecía sentirse aún el calor del sol golpeando sobre el capó.

Al cabo de varios minutos el viaje empezó a hacerse ligeramente monótono, pues eran pocos los vehículos que se cruzaban en su camino o a los que tuviera que adelantar. En compensación, pudo circular con las luces largas durante gran parte del trayecto.

A su derecha iban apareciendo algunos chalets y hoteles construidos durante el *boom* turístico de los años sesenta, con su viejo estilo de vanguardia; mientras, de vez en cuando, algún mosquito atraído por las plantaciones cercanas de algodón se estampaba contra el parabrisas y producía ligeros golpes apenas audibles desde el interior del vehículo.

En esos momentos, Javier se mantenía fresco, despierto. A través de la radio del coche, unas sutiles voces familiares hablaban de los últimos resultados deportivos. El conductor prestaba especial atención a aquellas noticias, acaso por deformación profesional, pues se dedicaba desde hacía años al mundo del arbitraje.

Minutos después el coche avanzaba cerca de varios polígonos industriales, y la presencia de algún vehículo próximo hizo que Javier redujera la velocidad a ochenta kilómetros por hora.

«No debe de quedar mucho», pensó mientras vigilaba por el espejo retrovisor a su esposa y a su pequeña, que continuaban dormidas con una expresión de plácido agotamiento.

No le faltaba razón; apenas restaban unos minutos para llegar a su destino. Fue entonces cuando la presencia de un

coche que avanzaba por el carril contrario le obligó a poner de nuevo las luces cortas. Redujo un poco más la velocidad, pues a lo lejos se distinguía ya el alumbrado de alguna zona residencial cercana.

jjjFssssssshhhhgggg...!!! El coche pasó a su lado a una velocidad inusitada, golpeando con fuerza la brisa marítima que surgía de lo más profundo de la Costa Dorada.

El escaso brillo producido por los faros del coche al pasar resaltó aún más la densidad de aquella noche en la que las estrellas parecían refulgir con una intensidad desacostumbrada. A lo lejos se veían ya las luces del pueblo marinero. Debían de quedar poco más de quince kilómetros.

Fue entonces cuando conectó las luces largas del coche, y en ese instante la temperatura del ambiente pareció descender súbitamente. El resplandor amarillento de la luz de los faros hizo visible una aterradora imagen que pareció emerger de repente, como si hubiera estado oculta hasta ese preciso instante. Como si de una realidad velada se tratara, a la que sólo se pudiera acceder en condiciones muy concretas, casi únicas. A su izquierda, invadiendo el carril contrario a menos de un metro de distancia del asiento del conductor, surgió la primera figura. Un ser alto, de rostro irreconocible, con un pantalón corto, que permanecía oscuro pese al reflejo de las luces del vehículo. Cuando pasó a su lado, el hombre no se inmutó. Apenas un metro más adelante, en perfecta fila india, había otra figura de ropajes casi idénticos, con unas chanclas de verano raídas, pero esta vez de espaldas. A pesar de la velocidad, parecía que el tiempo se hubiera detenido en aquel preciso instante, como si todo fluyera a cámara lenta.

Una especie de alarma oculta saltó en el interior de Javier, que observaba con la piel de gallina a esos personajes que no debían estar allí, en mitad de la carretera, a esas horas de la madrugada, con esas prendas de playa que vestían

pese al frío que se había adueñado del lugar. En su fuero interno, algo le decía que aquello no era normal.

Pero siguió avanzando y llegó a ver hasta cinco figuras más, algunas en bañador, en posturas casi idénticas. Siete seres inmóviles, hombres, mujeres y niños, que escoltaban su coche en la madrugada en perfecta línea recta. Eran de estatura diferente, y podía distinguir los atuendos de verano. Pero el que más le impactó fue el último, o quizá el primero de aquella comitiva silenciosa: vestía pantalón corto de color crema, llevaba una gorra con visera para el sol y una especie de chaleco de caza sobre una vieja camiseta desgastada. En la mano izquierda portaba un pequeño cubo de metal ya casi oxidado, como si regresara en ese momento de jugar en la playa. Pero cuando pasó junto a aquella figura, casi hombro con hombro, con la puerta del coche como única barrera entre ambos, Javier pudo observar que aquella especie de niño no tenía cara. No había ojos, ni nariz, ni boca. No había rasgos faciales. Ni tan siquiera cejas. En aquel rostro no se distinguía más que una negrura absoluta que resaltaba por encima de cualquier otra cosa. A pesar de ello, Javier tuvo la clara sensación de que el niño lo observaba casi con curiosidad.

Su reacción, absolutamente humana, fue pisar a fondo el acelerador mientras su corazón golpeaba con fuerza su pecho y un frío seco y extremo se adueñaba de su cuerpo.

Sin embargo, mientras se alejaba, con la vista fija en las primeras farolas que se distinguían a lo lejos como un destino urgente, aún fue capaz de ver a través del retrovisor que aquellos personajes permanecían allí completamente inmóviles, ante el destello rojizo de las luces traseras del vehículo. Como maniquís inanimados..., como seres inertes.

La necesidad de contar

Conocí a Javier Martín Moraleda diez años después de su experiencia, en el plató del programa de televisión *Cuarto Milenio*. Precisamente, su testimonio se había escuchado por vez primera en el programa radiofónico *Milenio3*, con el que él mismo se puso en contacto tras vivir aquella aterradoramente experiencia pocos días después de que ocurriera. Como si hubiera sentido la necesidad de contarlo, de hacer partícipe a alguien más de aquella escena imposible. Creyendo, quizá, que podrían dar respuesta al enigma.

Pero no fue hasta enero de 2013 cuando Javier y yo pudimos estrecharnos la mano efusivamente. Habíamos hablado días atrás para planificar aquel encuentro, que tendría lugar en un edificio de la localidad madrileña de Tres Cantos.

—Encantado de conocerte personalmente —le dije mientras tomaba asiento.

—Igualmente... —respondió Javier con cierta timidez.

Me serví café en una taza mientras sacaba mi cuaderno Moleskine para tomar nota de algunos detalles más de su historia.

—Tengo que reconocer que la primera vez que te escuché contando tu vivencia estaba metido en la cama, y tuve que arroparme pese a estar a principios de septiembre —le dije con cierto tono de humor con el fin de romper el hielo.

—No me extraña —dijo con una sonrisa apocada—. Yo sigo acordándome a veces de aquello... De hecho, a veces cierro los ojos y aún veo esas figuras en la carretera, con sus cabezas sin rostro...

—Imagino que aquello te marcó.

—Sin duda alguna. Fueron apenas unos segundos, y eso que nunca me había planteado siquiera que algo así pudiera ocurrirme a mí.

—Porque, según tengo entendido, eras y sigues siendo absolutamente escéptico...

—Completamente escéptico, te lo puedo asegurar, Javier. Yo jamás he creído en estas cosas, ni he leído nada acerca de ellas. De hecho, fue un amigo quien me animó a ponerme en contacto con vosotros para ver si alguien podía darme una respuesta. Pero es que por entonces yo ni siquiera os conocía...

—Imagino que te habrán preguntado un centenar de veces qué viste, pero ¿era algo físico, algo que veías claramente?

—Como te estoy viendo a ti, pero a menor distancia. Como de aquí a la mesa —aseguró, mientras yo calculaba mentalmente que debía de ser poco menos de un metro.

—¿Qué fue lo que más te llamó la atención de aquella imagen?

—Que estuvieran tan quietos. Parecían estatuas plantadas en la carretera. Pero, sobre todo, me aterrorizó el último que vi. A ése sí pude verle la cara. Bueno, no era una cara... Era un rostro negro, como amputado. Me daba verdadero pavor, pero no podía apartar la mirada de esa imagen. De hecho, si hubiera aparecido una curva me habría estrellado, porque estaba como ausente..., como hipnotizado.

—¿Y qué ocurrió cuando dejaste atrás a esas figuras?

—Nada más llegar al pueblo paré y desperté a mi mujer. Ella se asustó al verme tan alterado, creía que me había pasado algo... —Mientras Javier hablaba, me di cuenta de que su voz aún se entrecortaba al narrar todo aquello—. Le expliqué lo que había pasado, pero ella no daba mucho crédito... Sin embargo, al cabo de un rato, cuando le dije que había sido diez minutos antes de llegar a San Carlos, me dijo que justo allí estaba el camping Los Alfaques, donde muchas personas habían muerto quemadas en la década

da de los setenta a causa de la explosión de un camión. En ese momento me quedé paralizado. Yo nunca había oído hablar de aquel accidente.

—¿No te planteaste volver?

—Jamás... Bueno, me lo planteó mi mujer, regresar para saber si seguían allí. Pero no quise hacerlo; estaba muy nervioso, con un nudo en la garganta... De hecho, nunca me he planteado volver allí. Pero días después busqué en Internet y acabé enterándome de los detalles del accidente —respondió con mirada humilde y total naturalidad.

—Javier, imagino que te habrás planteado mil veces lo que viste esa noche.

—Claro, y nunca he sabido responder. Yo sólo sé lo que vi, y eso no me lo puede negar nadie.

A lo largo de aquella conversación descubrí que Javier era un hombre pragmático y honesto que hablaba sin florituras ni añadidos, sin adornar su relato lo más mínimo. De hecho, el testimonio era tan sencillo y directo como una escueta llamada de socorro. Además, él nunca había ganado nada contando esta experiencia; más bien todo lo contrario: reconoció que había llegado a tener algún problema con gente que se había mofado de él al conocer su historia.

La charla se prolongó durante horas, hasta que una última pregunta surgió de manera casi espontánea, cuando ya había tomado nota de cada detalle.

—¿Crees que esta experiencia te ha cambiado la vida?

—Sin duda... Como te decía, a veces cierro los ojos y los veo como los vi hace diez años. Ahí plantados, al lado del coche, uno junto a otro, algunos de frente y otros de espaldas. Con sus cubos, sus gorros y sus rostros amputados. Han pasado diez años desde aquello, pero algunas noches todavía sufro pesadillas...

Durante mi regreso a Madrid, no podía olvidar las palabras de mi tocayo. En el interior del coche, los detalles de aquella historia narrada con lo que a mí me sonó a honestidad se repetían constantemente en mi memoria. En casos como éste, el testigo tiene poco que ganar a la hora de hacer públicas sus vivencias. De hecho, y por desgracia, tiene mucho más que perder. Para las mentes más obtusas, este tipo de experiencias carecen por completo de credibilidad. Huelga decir que, tras hablar abiertamente del caso, Javier recibió todo tipo de burlas y críticas en su entorno cercano. Él, sin embargo, no tuvo miedo de repetir la experiencia, de volver a hablar sin pudor de lo que vio. «Es lo que vi, y eso no puede negármelo nadie», argumentaría una y otra vez. Ahí estaba, una prueba más de la solidez de su testimonio.

Años atrás, sus primeras palabras fueron como un aldabonazo, como un golpe seco sobre la mesa que sirvió para que muchos otros se animaran a hablar sin recato de historias similares. Historias que habían permanecido ocultas en virtud de una ley del silencio que había sido asumida de forma tácita y tajante. Una ley del silencio que se impuso durante años y cuyos ecos —valga la paradoja— siguen hoy latentes.

Mientras hablaba con Javier sentí la imperiosa necesidad de encontrar otros testimonios como el suyo. Algo me decía que hallaría la forma, aunque no iba a resultar fácil.

Y, si bien no era muy consciente entonces, aquél fue el instante preciso en que terminé por entrar en una hipnótica espiral que me absorbería durante los meses siguientes. Una espiral peligrosa, llena de baches y zarandeos, de tabús impuestos por personajes siniestros y de una historia profundamente humana como *leitmotiv*.

2

Guardianes de la historia

El encuentro con Javier Martín se produciría unos meses después de aquella mañana de finales de agosto en que el cielo amaneció lánguido, atípico para un día de estío. La gente recorría apresurada el madrileño Paseo de Recoletos, sorteando rauda a los turistas que, con su eterna sonrisa, se paraban sin prisas para encontrar el encuadre perfecto de la anhelada instantánea que mucho tiempo después mostrarían orgullosos a parientes y amigos, a miles de kilómetros de distancia de aquel lugar.

He de admitir que también yo caminaba veloz, con la presteza que causa la impaciencia, la necesidad de conocer nuevos detalles sobre la historia que me había mantenido en vilo aquella noche.

Tenía que ver con el testimonio de un miembro de la Guardia Civil que me había escrito días atrás. Al parecer, llevaba un tiempo intentando localizarme para hacerme partícipe de una historia que había vivido hacía unos años y que todavía entonces no había podido olvidar. Aunque había efectuado el primer contacto a través del correo electrónico, no podía continuar comunicándose conmigo por esa vía. Necesitaba conocerme personalmente, en algún lugar alejado donde nadie pudiera relacionarlo con esa historia que tantas horas de sueño le había robado. Y no sólo a él; también a compañeros de mayor rango que incluso ha-

bían tenido que solicitar una baja médica debido a lo traumático de la experiencia.

—Tienes que darme algún detalle más —le exigí casi por teléfono, tres días antes de emprender aquella carrera matinal en busca de los primeros datos.

—Escúchame, Javier. Sólo puedo decirte que sucedió hace dos años. Quiero hablar contigo porque necesito que me ayudes a saber si hay alguien más que haya vivido algo similar... Pero, por favor, tienes que prometerme que no revelarás mi identidad —había respondido su voz entrecortada a través del auricular.

—Lo prometo, y estoy dispuesto a ayudarte —aseguré—. Pero tienes que darme algún detalle, y garantizarme que no me estás engañando.

—Lo haré cuando nos veamos. Sólo puedo decirte que es sobre algo que viví cerca del camping Los Alfaques.

Cuando escuché aquel nombre, algo vibró en mi interior.

—Vi a alguien en esa playa. Alguien que no tenía que estar allí —añadió segundos después, aprovechando el silencio generado por el nudo que empezaba a formarse en mi estómago.

—Supongo que, aunque vuelva a preguntarte, no vas a decirme más... —dije, intuyendo cuál sería la respuesta.

—Supones bien —repuso con voz seca.

Tras varios minutos de infructuosos intentos por conocer algún detalle más, decidí poner fin a aquella conversación. Mientras lo hacía, empecé a planificar mentalmente un viaje al nordeste de la Península.

—Déjame localizar a alguien —dije—. He oído testimonios similares al tuyo... Te llamaré dentro de unos días, concretaremos un lugar y hablaremos más despacio.

Primeras investigaciones